



Bahaudín Naqshband

Discipulado y Desarrollo

Extractos del testimonio de Bahaudín el Diseñador (Naqshbandi):

Se nos aconseja constantemente que estudiemos y nos familiaricemos con las vidas, hechos y dichos de los sabios, ya que existe un vínculo de comprensión entre estos factores y nuestra propia potencialidad.

Pero si, como hacen los literalistas, nos empapamos en estos elementos por motivos de codicia o para maravillarnos ante sus contenidos, ciertamente nos transformaremos; pero esta transformación será de animal en animal inferior, y no de animal a hombre.

La prueba que está colocada en el camino del hombre es la de separar, por este mismo método, a los verdaderos buscadores de los imitadores. Si el hombre no se ha dirigido a este estudio poniendo en juego lo más simple y sincero de sí mismo, estará en peligro. Por lo tanto, es mejor, si el hombre lo supiese, evitar toda complicación metafísica antes que permitir que actúe sobre él la suprema fuerza que amplificará y aumentará sus efectos si es que carece del conocimiento de cómo curar los defectos, o sobre cómo acercarse a la enseñanza de tal modo que sus defectos no se vean involucrados en el procedimiento.

Por esto decimos que hay muchas esferas y niveles diferentes de la experiencia de la verdad.

Los sabios siempre han insistido en asegurarse de que sus discípulos comprendieran que la primera etapa hacia el conocimiento es la de familiarizarse con la apariencia externa de ese conocimiento, de modo que, al impedir que ésta se precipite dentro de la zona equivocada de sus mentes, puedan esperar el desarrollo del conocimiento cuando existan posibilidades para ello.

Esto se parece a un hombre que coge una granada y se la guarda hasta que su estomago esté en condiciones de digerirla bien. Si el hombre se come la granada cuando va mal en su estómago hará que empeore la enfermedad.

Una manifestación de la enfermedad del hombre es que quiere comerse la granada inmediatamente. Si hiciera esto, se hallaría en serias dificultades.

Ahora tenéis la explicación de por qué los sabios están suministrando continuamente materiales para almacenarlos en el corazón, como se almacena el grano con vistas a preparar el pan. Como se trata de experiencia, y no de grano, el hombre tosco no suele sentirse capaz de entender esta gran verdad y secreto. El hombre a quien nos dirigimos es, por lo tanto, un tipo de hombre especialmente armonizado, “el avaro generoso”, esto es, el hombre que puede aprovisionarse cuando eso es lo indicado, y que utilizará lo que tenga cómo y cuándo pueda causar su efecto óptimo. Mí estimado mentor me dejó perplejo durante muchos meses al darme cosas para hablar, pensar y hacer, que no parecían satisfacer mis ansias de vida espiritual. Me dijo muchas veces que la ansiedad que yo sentía no era en modo alguno hacia la espiritualidad, y que lo que me estaba dando era la nutrición que yo necesitaba. Sólo cuando fui capaz de aquietar mis deseos maniacos, fui capaz de escucharlo realmente. Otras veces me decía a mi mismo: “He escuchado todo esto antes y es muy dudoso”, o también: “Este no es un hombre espiritual”, o, además: “Quiero experimentar, no escuchar o leer”.

Lo maravilloso era que mi maestro me recordaba continuamente que éste era mi estado mental, y que, aunque aparentemente confiaba en él y le servía en todo, yo no era capaz de confiar en él hasta donde era necesario, ni en la dirección esencial. Reflexionando más tarde, me dí cuenta de que en aquella época estaba dispuesto a ceder partes de mi soberanía mucho más allá de lo que era necesario, pero no estaba preparado para ceder las partes menores, que eran, por sí solas, mis senderos hacia la comprensión.

Explico esto porque la gente que está en una etapa similar en el Sendero, al examinar la experiencia de otros puede ser capaz de reconocer su propio caso y beneficiarse de ello.

Recuerdo que siempre me sentía atraído, polarizado por lo espectacular, despertando toda mi atención cuando se decía o hacía algo muy excitante, pero los factores significativos de la relación con mi maestro eran precisamente los que se me escapaban, algunas veces casi por completo. Por culpa de esto, y a pesar de estar continuamente enfrascado en el trabajo, mal gaste no menos de ocho años de mi vida.

Por lo tanto, hay que tener presente que en todo hay dos tipos de situaciones. Esto es algo que no solemos imaginar que exista, pero que es fundamental. El frecuentar la compañía de un sabio y aprender de él del modo adecuado, lo cual produce un progreso humano. También existe la falsificación, que es destructiva. Lo que nos confunde completamente en este asunto es que el sentimiento que acompaña el falso discipulado o el frecuentar compañía ordinaria, así como sus manifestaciones exteriores de cortesía y aparente humildad, son capaces de hacernos imaginar que somos gente religiosa o devota. Incluso podemos decir que esto se debe a lo que se conoce como la entrada de un poder demoníaco, engañoso, que persuade a la mayoría de las personas distinguidas y con reputación espiritual, así como a sus seguidores, incluso durante generaciones, de que están tratando de cosas espirituales. Esto les permite incluso comunicar esta creencia a aquellos que no son de los suyos, de modo que su reputación gana crédito gracias a la misma gente que equivocadamente dice: “Yo no sigo su sendero, pero tampoco niego que él sea un hombre espiritual y bueno”.

El único modo de corregir esto es aprovechar el momento propicio para cada ocasión especial según lo regula el maestro, quien es el único capaz de decir cuándo, dónde y de qué manera pueden llevarse a cabo los ejercicios y otras actividades, incluso aquellas que no parezcan tener la más mínima conexión con la espiritualidad. Hay aquí una confusión porque algunas veces se supone que esto quiere decir que uno nunca debe leer libros o realizar procedimientos sin la directa supervisión del maestro. Pero este error tan común y superficial se ve que es absurdo cuando nos damos cuenta de que el maestro puede señalar específicamente cursos, lecturas o acciones a cierto número de discípulos o a uno solo y que de vez en cuando puede considerar necesario que estos sigan lo que parece ser un curso convencional, incluso aparentemente escolástico. Pero lo que aquí es esencial no es el modo como las cosas parecen al discípulo, sino que el maestro las ha prescrito y que él intervendrá cómo y cuándo exista una necesidad de cambio. Todas las manifestaciones de oposición a este plan de estudios o cualquier desacuerdo con el maestro son manifestaciones de la inmadurez del alumno, y tal vez no sean tomadas en consideración por el maestro o cualquiera de sus intermediarios (delegados), ya que el estudiante puede seguir el curso fielmente o puede no hacerlo. Si no lo sigue, en el mismo momento deja de ser un estudiante, y, por lo tanto, ni tan siquiera tiene el derecho de comentarlo. Sólo los verdaderos estudiantes tienen derecho al comentario, y aquellos que atraen la atención sobre sí mismos poniendo en duda el curso en sí, no están en condición de ser estudiantes en absoluto.

Los eruditos emocionales que han adoptado procedimientos sufíes, no suelen observar esto frecuentemente, porque no se dan cuenta de que el plan de estudios ya está establecido considerando todas las contingencias posibles, que incluyen todos y cada uno de los sentimientos de los alumnos. Lo que se busca aquí es el funcionamiento de la enseñanza por medio de la capacidad. Si alguien está perturbando el progreso de la clase o el trabajo del delegado, es lo contrario de un estudiante, y esto debería ser considerado como una lección por sus compañeros.

Soy plenamente consciente de que estos principios están lejos de ser los aceptados en el mundo superficial, que se basa en lo que la gente piensa uno del otro, incluyendo el problema que los falsos maestros sienten continuamente: La duda sobre lo que los demás piensan de ellos. Pero la cuestión central es si la Enseñanza está actuando, no el satisfacer lo que la gente mediante sus sentidos ordinarios cree que ellos son.

En este último caso, podéis estar seguros de que nada de verdadero valor está sucediendo en absoluto.

Éste es el final de la primera sección del Testimonio de Bahaudín Naqshband, el diseñador.

Shah, Idries
"Pensadores de Oriente"
Barcelona - España: Editorial Kairós, 1990
Página 204 - 208